



Publio Terencio Africano

El eunuco

PERSONAS

FEDRO, joven, amante de Tais.
PARMENÓN, esclavo de Fedro.
TAIS, cortesana.
GNATÓN, parásito de Trasón.
QUEREA, joven, amante de Pánfila.
TRASÓN, soldado, rival de Fedro.
PITIAS, criada de Tais.
CREMES, joven, hermano de Pánfila.
ANTIFÓN, joven.
DORIAS, criada de Pánfila.
DORO, eunuco.
SANGA, centurión.
SOFRONA, nodriza de Pánfila.
LAQUES, viejo, padre de Fedro y de Querea.
PERSONAS QUE NO HABLAN

ESTRATÓN.
SIMALIÓN.
DONACE.
SIRISCO.

Prólogo

Si hay quienes deseen complacer a muchos varones principales sin ofender a nadie, el poeta mándase contar por uno de ellos. Y si alguno hubiere a quien le parezca que le han ofendido gravemente de palabra, téngalo por respuesta y no por ofensa, pues él picó primero. El cual, trasladando muchas y zurciéndolas mal, de buenas comedias griegas hizo malas latinas. Ese mismo dio a la escena no ha mucho El fantasma, de Menandro, y en la comedia El Tesoro representó que aquél a quien le pedían el oro había de probar cómo era suyo, antes que el demandante mostrase de dónde tenía aquel tesoro, o quién lo había puesto en la sepultura de su padre. De hoy más, no se engañe a sí mismo, ni diga entre sí: «Yo ya estoy bien acreditado: sus críticas no me alcanzan». Que no se engañe, le digo; y deje ya de provocar a Terencio. Muchas más cosas podría decirle, que por ahora callaré; mas si persevera en herir, como lo viene haciendo, las descubriré después.

No bien los Ediles compraron esta comedia que vamos a representar, que es El Eunuco, de Menandro, el poeta rancio recabó de ellos que se la dejaran ver. Comienza a representarse en presencia de los magistrados, y alza la voz diciendo que Terencio era ladrón y no poeta, y que había dado a luz una fábula en que ni aun palabras había puesto, porque era la antigua comedia El Adulador, de Nevio y Plauto, de donde había tomado las personas del truhán y del soldado. Si esto es falta, lo será por inadvertencia, no porque el poeta haya querido cometer hurto. Y que esto es así, vosotros mismos lo vais a sentenciar ahora.

Hay una comedia de Menandro, nominada El Adulador, en la cual entran un truhán, llamado Colace, y un soldado fanfarrón. El poeta confiesa haber tomado estas dos personas para su Eunuco; pero que las fábulas estuviesen ya hechas en latín, declara que no lo sabía. Y si no es lícito usar de unas mismas personas, ¿qué más lo será representar esclavos intrigantes, mujeres honradas, malas rameras, un truhán comilón, un soldado fanfarrón, niños sustituidos, esclavos que engañan a los viejos, el amor, el odio, la sospecha? En fin, nada hay ya que primero no esté dicho. Por lo cual es bien que vosotros atendáis estas razones y permitáis que los poetas noveles hagan lo que hicieron los antiguos. Dadnos favor y oídos con silencio, para que entendáis qué os representa El Eunuco.

Acto I

Escena I

FEDRO, PARMENÓN.

FEDRO.- ¿Pues qué haré? ¿Será bien que vaya ahora que ella de su voluntad me llama, o será mejor que me esfuerce a no sufrir afrentas de rameras? Echome y ahora me torna a llamar: ¿Volveré? No, así me lo ruegue.

PARMENÓN.- A fe, a fe que si tú pudieses hacer eso, nada mejor ni más propio de un hombre. Pero si lo emprendes y no perseveras en ello firmemente, cuando no pudiéndolo tú sufrir, sin llamarte nadie y sin hacer las paces, vinieres a su casa mostrando que la amas y que no puedes soportar su ausencia, acabado has, no hay más que hacer, perdido eres. Burlarse ha de ti cuando te sintiere rendido.

FEDRO.- Por tanto, tú, ahora que es tiempo, míralo muy bien.

PARMENÓN.- Señor, cuando la cosa en sí no tiene consejo, ni manera ninguna, nadie puede regirla ni tratarla con consejo. En el amor hay todas estas faltas: agravios, sospechas, enemistades, treguas, guerras, luego paces. Quien cosas tan inciertas pretendiese regirlas con razón cierta, sería como quien quisiese hacer el loco con buen seso. Y todo eso que tú ahora piensas entre ti, muy colérico y airado: «¿Yo... a una mujer que al otro... que a mí... que no...? Poco a poco; ¡más quiero morir! Ya verá quién soy yo»; todas estas palabras las pagará ella, a buena fe, con una falsa lagrimilla, que, a fuerza de restregarse los ojos, hará ella salir por fuerza, y te acusarás a ti mismo, y tú voluntariamente le darás de ti entera venganza.

FEDRO.- ¡Oh, qué indignidad! Ahora entiendo yo cuán gran bellaca es ella, y yo cuán mísero: y me enfado, y me abraso en su amor, y a sabiendas, en mi juicio, vivo, y viéndolo yo, me pierdo, y no sé qué me haga.

PARMENÓN.- ¿Qué has de hacer, sino, pues estás cautivo, rescatarte por lo menos que pudieres; y si no pudieres por poco, por lo que pudieres, y no afligirte?

FEDRO.- ¿Eso me aconsejas?

PARMENÓN. Sí, si eres cuerdo. Y que no aliadas más pesadumbres a las que el mismo amor se trae consigo, y que las que él trae, las sufras con valor. (Indicando a TAIS, que en este momento sale de su casa.) Pero hela dónde sale la piedra de nuestra granja; pues lo que nosotros habíamos de medrar ella lo rapa.

Escena II

TAIS, FEDRO, PARMENÓN.

TAIS.- (Sin verlos.) ¡Desdichada de mí! ¡Qué recelo tengo no haya sentido mucho Fedro el no haberle ayer dejado entrar en casa, y no lo haya tomado a otro fin del que yo lo hice!

FEDRO.- (A PARMENÓN.) Todo estoy temblando, Parmenón, y erizado después que he visto a ésta.

PARMENÓN.- Ten buen corazón, y allégate a este fuego, que tú te calentarás más de la cuenta.

TAIS.- ¿Quién habla aquí? ¡Ay, Fedro, alma mía!, ¿aquí estabas tú?, ¿por qué te parabas?, ¿por qué no entrabas sin llamar?

PARMENÓN.- (Aparte.) Pero del no haberle admitido, ni palabra.

TAIS.- ¿Por qué no me respondes?

FEDRO.- (Con ironía.) Sí, por cierto; pues tu puerta me está siempre abierta; en tu casa yo soy el más cabido.

TAIS.- Déjate ahora de eso.

FEDRO.- ¿Qué dejar? ¡Oh, Tais, Tais! ¡Ojalá tú y yo corriésemos parejas en el amor, y fuésemos iguales en que, o tú sintieses esto como yo lo siento, o a mí no se me diese nada de lo que tú has hecho!

TAIS.- ¡No te atormentes, te ruego, alma mía, mi Fedro!, que, en buena fe, no lo hice por amar ni querer a otro más que a ti, sino que se ofreció así el caso y no se pudo evitar.

PARMENÓN.- Yo creo que de tanto quererle, como sueles, le echaste a la calle. ¡Pobrecita!

TAIS.- ¡Ay, Parmenón!, ¿y con ésas me vienes? ¡Corriente! (A

FEDRO.) Pero óyeme a qué fin te mandé llamar aquí.

FEDRO.- Sea.

TAIS.- Dime, cuanto a lo primero, ¿este mozo puede callar?

PARMENÓN.- ¿Yo? Muy bien. Pero mira, con tal condición te lo prometo, que lo que entiendo ser verdad lo callo y lo retengo muy bien; pero si es cosa falsa o vana o fingida, luego la digo. Por tanto, si tú quieres que yo calle, di verdad.

TAIS.- Mi madre era de Samos y vivía en Rodas.

PARMENÓN.- Callarse puede esto.

TAIS.- Un mercader regalole allí una muchacha que había sido robada en tierra de Atenas.

FEDRO.- ¿Ciudadana?

TAIS.- Pienso que sí: cosa cierta no sabemos. A su padre y a su madre ella nombrábalos; mas su tierra y las demás señas, ni las sabía, ni tenía aún años para ello. Decía el mercader que de los corsarios de quien la había comprado, había entendido que la habían robado de Sunio. Mi madre, así que la recibió, comenzó a enseñarle cuidadosamente toda cosa y criarla con la misma diligencia que si fuera su hija propia. Los más creían que era hermana mía. Yo, con

aquel con quien sólo tenía entonces amores, que era un forastero, víneme aquí; el cual me dejó todo esto que poseo.

PARMENÓN.- Lo uno y lo otro es mentira: fuera saldrá.

TAIS.- ¿Cómo mentira?

PARMENÓN.- Porque ni tú te tenías por contenta con uno, ni él sólo te lo dio; que mi amo ha traído también a tu casa buena y grande parte.

TAIS.- Así es; pero déjame venir a lo que quiero. En esto, el soldado, que había comenzado a ser mi galán, fuese a Caria. Entonces te conocí, y bien sabes tú después acá cuán en mis entrañas te tengo, y cómo fío de ti todos mis secretos.

FEDRO.- Tampoco lo callará eso Parmenón.

PARMENÓN.- ¿Qué hay que dudar en ello?

TAIS.- Óyeme, por mi amor. Mi madre murió allí poco ha. Su hermano es algo codicioso del dinero; y como vio la moza de buena gracia, y que sabía tañer, confiando sacar de ella dinero, pónela luego en venta, y véndela. Por fortuna estaba casualmente allí mi amigo el capitán, y compróla para regalármela, sin saber nada de estas cosas y sin tener de ello noticia. Ahora ha venido, y como ha sentido que también contigo tengo trato, busca muy de veras achaques para no dármele. Dice que si él estuviese seguro de que yo le querré más que a ti, y no temiese que en teniéndola en mi poder, le deje, holgaría de dármele; pero que se recela de esto. Aunque, a lo que yo sospecho, él ha puesto su afición en la doncella.

FEDRO.- ¿Ha pasado más adelante?

TAIS.- No: estoy bien informada. Ahora, amor mío, hay muchas razones por donde yo deseo atraparla. Primeramente, por haber sido tomada por hermana mía. Además, por restituirla y volverla a sus deudos. Soy mujer sola; no tengo aquí ni amigo ni pariente, y por esto, Fedro, querría con esta buena obra ganar algunos amigos. Ayúdame tú, por mi amor, para que mejor se haga. Deja que por unos pocos días sean del capitán las primeras veces en mi casa. ¿No me respondes?

FEDRO.- ¡Malvada! ¿qué he de responderte yo con esos hechos?

PARMENÓN.- ¡Oh, mi señor, muy bien! Al fin escociote; eres todo un hombre.

FEDRO.- ¡Como si yo no supiera dónde ibas a parar! Robáronla de aquí pequeña; crióla mi madre como hija propia; fue tomada por hermana mía; deseo quitársela por volverla a sus deudos... Todas tus razones vienen a parar en que yo soy el despedido, y el otro el recogido. ¿Y por qué, si no porque le quieres más que a mí, y te recelas que ésa que ha traído te quite un tal amigo?

TAIS.- ¿Yo me recelo de eso?

FEDRO.- ¿Pues qué otra cosa te da pena? Di, ¿por ventura sólo él te hace presentes? ¿Has visto jamás que en cosa que a ti te tocara haya sido escasa mi liberalidad? Cuando me dijiste que deseabas una negra de Etiopía, ¿no lo dejé todo y la busqué? Dijísteme luego que querías un eunuco, porque no le tienen sino las reinas; hele habido. Ayer di por arribos esclavos veinte minas. Y con haberme tú tenido en poco, no me he olvidado de ti; y en pago de todo esto me

desdeñas.

TAIS.- No más, amor mío, Fedro; que, aunque deseo quitársela, y por esta vía entiendo que se pudiera hacer fácilmente, con todo eso, por no enojarte, haré lo que tú mandes.

FEDRO.- Ojalá tú dijese de corazón y con verdad eso de por no enojarte; que si yo creyese que lo dices con llaneza, a todo me pondría.

PARMENÓN.- (Aparte.) Ya cae; ¡qué presto le ha vencido con una palabrilla!

TAIS.- ¡Ay, triste de mí!, ¿y no lo digo yo de corazón?, ¿qué cosa me has pedido, aun en burlas, que no la hayas alcanzado? Y yo no puedo recabar de ti que me concedas siquiera dos días.

FEDRO.- ¡Si no fuesen más de dos!... Pero temo que esos dos días se me vuelvan veinte.

TAIS.- No serán en buena fe más de dos, o...

FEDRO.- ¿O...? No escucho más.

TAIS.- No serán más; hazme solamente esta merced.

FEDRO.- En fin, ha de ser lo que tú quieres.

TAIS.- Con razón te quiero mucho. Muy bien haces.

FEDRO.- Yo me iré a la granja, y me afligiré estos dos días.

Resuelto estoy. Debemos complacer a Tais. Tú, Parmenón, haz que aquéllos (Aludiendo a los dos esclavos.) se traigan.

PARMENÓN.- ¡A maravilla!

FEDRO.- Tais, pásalo bien estos dos días.

TAIS.- Y tú, mi Fedro. ¿Mandas otra cosa?

FEDRO.- Lo que yo quiero es que estando presente con ese soldado, estés ausente de él; de día y de noche me ames; me desees, me sueñes, me aguardes, pienses en mí, en mí confíes, conmigo te huelgues, toda estés conmigo: finalmente, haz que tu corazón sea todo él mío, pues el mío es todo tuyo.

Escena III

TAIS.

TAIS.- ¡Cuitada de mí! Éste por ventura fía poco de mí, y me juzga por las condiciones de las demás. Mas yo, que me conozco, sé de cierto que en nada le he mentado, y que en mi corazón no hay cosa más querida que mi Fedro, y que lo que he hecho, lo he hecho por la doncella. Porque casi casi pienso que he hallado ya a su hermano, que es un mancebo muy principal, el cual me ha prometido venir hoy a verme. Voyme, pues, a casa, y allí le aguardaré hasta que venga.

Acto II

Escena I

FEDRO, PARMENÓN.

FEDRO.- Haz lo que te dije; llevad esos esclavos.

PARMENÓN.- Se hará.

FEDRO.- Con diligencia.

PARMENÓN.- Se hará.

FEDRO.- Mas ha de ser presto.

PARMENÓN.- Todo se hará.

FEDRO.- ¿Basta habértelo encargado así?

PARMENÓN.- ¡Vaya una pregunta! ¡Como si fuese cosa muy difícil!

¡Ojalá tan presto, Fedro, pudieses hallar algo, como este dinero será perdido!

FEDRO.- También me pierdo yo con ello, que es cosa que me importa más. No te dé eso tanta pena.

PARMENÓN.- No a fe; sino que al punto cumpliré tus órdenes. ¿Mandas otra cosa?

FEDRO.- Adornarás nuestro presente con palabras lo mejor que puedas; y cuanto pudieres, apartarás de su cariño a mi rival.

PARMENÓN.- Por dicho me lo tengo, aunque no me lo adviertas.

FEDRO.- Yo me iré a la granja, y allí me estaré.

PARMENÓN.- (Con ironía.) Bien me parece.

FEDRO.- Pero, ¡hola, Parmenón!

PARMENÓN.- ¿Qué quieres?

FEDRO.- ¿Entiendes que me podré sufrir, y estar estos días sin venir acá?

PARMENÓN.- ¿Tú? No creo tal. Porque, o te tornarás luego, o antes del amanecer te hará volver acá el insomnio.

FEDRO.- Haré algún ejercicio, hasta que me canse tanto, que duerma, aunque me pese.

PARMENÓN.- Velarás cansado, y será mayor el daño.

FEDRO.- ¡Bah! Tú no sabes lo que dices, Parmenón. En verdad que tengo de echar de mí esta flaqueza de ánimo: gran regalón soy.

¡Cómo! ¿No me pasará yo sin ella, si es menester, aun tres días enteros?

PARMENÓN.- ¡Huy! ¡Tres días enteros! Mira lo que dices.

FEDRO.- Resuelto estoy.

Escena II

PARMENÓN.

PARMENÓN.- ¡Soberanos dioses!, ¿y qué manera de enfermedad es ésta? ¿Que es posible que haga tanta mudanza en los hombres el amor, que diréis que uno no es el mismo? No había hombre más avisado que éste, ni más grave, ni más reglado en su vivir. Pero ¿quién es éste que viene hacia acá? ¡Ta, ta! Es Gnatón, el parásito del soldado. Y trae consigo la doncella para presentarla a Tais. ¡Oh, qué hermoso rostro de mujer! ¡Harto será que no quede yo hoy corrido con mi viejo eunuco! ¡Más hermosa es ésta que la misma Tais!

Escena III

GNATÓN con una esclava, PARMENÓN.

GNATÓN.- ¡Soberanos dioses, lo que va de un hombre a otro! ¡Cuánta diferencia hay del sabio al necio! Esto se me ocurre ahora por lo que vais a oír. Hoy, viniendo, me topé con un hombre, así, de mi estado y calidad, buen hombre realmente, que también había consumido los bienes paternos, como yo. Véole maltratado, sucio, enfermo, cargado de años y remiendos, y dígole: «¿Qué facha es ésa, amigo?». Díceme: «Mira a qué he venido, por haber perdido lo que tenía. Todos mis conocidos y amigos me abandonan». Entonces yo, respecto de mí, le tuve en poco. «¿Qué es esto, digo, hombre follón?, ¿de tal manera has ordenado tu vivir, que no te quede en ti esperanza alguna?, ¿consejo y hacienda has perdido juntamente? ¿No me ves a mí, que soy de tu mismo estado? Mira qué color que tengo, qué lustre, qué traje, qué garbo de cuerpo: no tengo nada, y soy señor de todo; aunque no poseo nada, nada me falta. -Pero yo, cuitado, dice él, ni puedo sufrir que se rían de mí, ni que me den palos. -¿Cuánto piensas tú, le digo, que se gana por ahí de esa manera? Muy engañado estás. Un tiempo, los parásitos tenían de comer por esos medios: allá en los siglos pasados. Pero ésta es una nueva manera de cazar. Yo soy el primero que he hallado este camino. Hay una casta de gentes que presumen de ser en todo los principales, aunque no lo son. Éstos son muy hombres: a éstos no les doy yo lugar que se rían de mí; pero complázcoles voluntariamente y precio mucho sus habilidades; alabo cuanto dicen, y si lo contradicen, alábolo también. Si dice uno no, yo digo también no; y si dice sí, digo sí. Finalmente, heme propuesto lisonjearlos en todo; que esto es hoy día lo que da más ganancia».

PARMENÓN.- (Aparte.) ¡Qué hombre tan donoso! Éste realmente hace de un necio un loco rematado.

GNATÓN.- Yendo así hablando, llegamos a la carnicería. Sálenme a recibir muy alegres todos los pasteleros, los atuneros, los carniceros, los cocineros, los morcilleros, los pescadores, los cazadores, a quienes yo en mi prosperidad, y aun después de ella, he valido y valgo muchas veces. Salúdanme, convídanme a cenar, y danme la bienvenida. Cuando aquel pobre hambriento me vio puesto en tanta honra y que con tanta facilidad ganaba de comer, comienza a suplicarme que le diese licencia para aprender de mí aquella habilidad. Mandele que me siguiese, por ver si así como las sectas de los filósofos toman de ellos los nombres y apellidos, así también habría truhanes que se llamasen los Gnatónicos.

PARMENÓN.- (Aparte.) ¡Miren lo que hace la ociosidad y el comer a costa ajena!

GNATÓN.- Pero mucho me detengo en llevar esta moza a casa de Tais y rogarle que se venga a cenar. Mas a Parmenón, el criado de nuestro competidor, veo triste delante de la puerta de Tais. Salvos somos: mal les va aquí a éstos. Cierto que he de burlarme un poco de este fanfarrón.

PARMENÓN.- (Aparte.) Éstos, con el agasajo, piensan que queda ya por suya Tais.

GNATÓN.- Gnatón besa las manos de su muy gran señor y amigo

Parmenón. ¿De qué se trata?

PARMENÓN.- De estar aquí.

GNATÓN.- Ya lo veo; ¿pero ves algo aquí que no quisieras?

PARMENÓN.- A ti.

GNATÓN.- Lo creo. ¿Pero ves otra cosa?

PARMENÓN.- ¿Por qué lo dices?

GNATÓN.- Porque estás triste.

PARMENÓN.- No, por cierto.

GNATÓN.- Ni lo estés. ¿Qué te parece esta esclava? (Mostrándola.)

PARMENÓN.- No es mala, en verdad.

GNATÓN.- (Aparte.) El hombre se quema.

PARMENÓN.- (Aparte.) ¡Cómo se engaña!

GNATÓN.- (Con sorna.) ¡Pues qué!, ¿tan agradable piensas tú que le será a Tais este presente? (Aludiendo a la esclava.)

PARMENÓN.- Lo que con eso me dices, es que ya nosotros estamos fuera de esta casa. ¡Mira, Gnatón, que todas las cosas tienen su mudanza!

GNATÓN.- En todos estos seis meses, Parmenón, te haré que descanses, y que no andes corriendo de acá para allá, ni hayas de estar despierte hasta que amanezca. ¿No te parece que te hago dichoso?

PARMENÓN.- ¿A mí? (Irónico.) ¡Oh!

GNATÓN.- Así me porto yo con los amigos.

PARMENÓN.- Muchas gracias.

GNATÓN.- Tal vez te detengo. ¿Ibas por ventura a alguna parte?

PARMENÓN.- ¿Yo? A ninguna.

GNATÓN.- Entonces préstame un pequeño servicio. Haz que me dejen entrar allá. (Indicando la casa de TAIS.)

PARMENÓN.- ¡Bah, bah! Tú tienes ahora franca la puerta, porque traes a ésta.

GNATÓN.- (Con ironía.) ¿Quieres llamar a alguno? Yo le mandaré salir acá. (Éntrase en casa de TAIS.)

PARMENÓN.- (Continuando.) Deja tú pasar estos dos días; que yo haré que tú, que ahora muy triunfante abres esas puertas con un dedo, las quieras abrir a coces y no puedas.

GNATÓN.- (Saliendo de casa de TAIS.) ¿Aún estás aquí, Parmenón? ¿Has quedado acaso por guarda, porque no venga algún alcahuete de secreto a Tais de parte del soldado?, ¡eh!

PARMENÓN.- (Irónico.) ¡Agudo dicho!, ¿qué extraño es que al soldado le guste tanta sal? Mas hacia acá veo venir al hijo menor de mi amo. Maravíllame cómo se ha venido de Pireo, estando allí por mandado de la ciudad de centinela. Algo pasa. Y viene corriendo; no sé qué mira a la redonda.

Escena IV

QUEREA, PARMENÓN.

QUEREA.- (Sin ver a PARMENÓN.) ¡Muerto soy! Ni la doncella está en parte ninguna, ni aun yo tampoco, que la he perdido de vista. ¿Dó la iré a buscar? ¿Por qué rastro la sacaré? ¿A quién preguntaré? ¿Qué camino tomaré? Suspenso estoy. Sola esta esperanza tengo: que doquiera que esté, no se puede ocultar mucho. ¡Oh, rostro hermoso! De hoy más, borro de mi memoria todas las demás mujeres; me apestan esas bellezas ordinarias.

PARMENÓN.- (A los espectadores.) Cataos aquí otro. No sé qué habla de amores. ¡Oh, desdichado viejo! Éste es realmente un mozo que si comienza a enamorarse, diréis que todo lo del otro (Alude a FEDRO, hermano de QUEREA.) fue juego y donaire en comparación de lo que hará la furia de éste.

QUEREA.- (Sin ver a PARMENÓN.) ¡Los dioses y diosas destruyan a aquel viejo que me hizo detener hoy; y aun a mí también quisiera, porque me paré, y más aún, porque hice caso de él! Pero he aquí a Parmenón. ¡Salud!

PARMENÓN.- ¿Por qué estás triste, o de qué tan agitado? ¿De dó vienes?

QUEREA.- Ni sé realmente de dó vengo, ni menos dónde voy; tan fuera estoy de mí.

PARMENÓN.- ¿Cómo así?

QUEREA.- Estoy enamorado.

PARMENÓN.- ¡Hum!

QUEREA.- Ahora, Parmenón, has de mostrar quién eres. Ya sabes me tienes dicho muchas veces: «Querea, busca tú algo a que te

aficiones; que yo haré que entiendas en esto cuánto valgo», cuando yo robaba de secreto toda la despensa de mi padre, para llevar a tu aposento.

PARMENÓN.- ¡Taday, tonto!

QUEREA.- Ello es como té he dicho; cúpleme ahora la palabra, si quieres. Especialmente que la cosa merece que tú emplees en ella toda tu habilidad. Porque no es la moza como las doncellas de nuestra tierra, a quienes las madres hacen ir con los hombros caídos, con el pecho apretado, porque sean delicadas. En cuanto una engorda un poco, dicen que es un gladiador; acórtanle la ración. Aunque ellas sean de buen natural, con este régimen las vuelven como juncos; que así las quieren.

PARMENÓN.- ¿Y ésta tuya?

QUEREA.- Tiene un rostro peregrino.

PARMENÓN.- ¡Hola!

QUEREA.- Un color sano, un cuerpo macizo y lleno de vida.

PARMENÓN.- ¿Qué años?

QUEREA.- ¿Años? Dieciséis.

PARMENÓN.- La misma flor.

QUEREA.- Ésta me la has de haber tú, o por fuerza y por maña o por dinero; que a mí todo me es uno con tal que yo la goce.

PARMENÓN.- ¿Y la doncella, cuya es?

QUEREA.- No sé en verdad.

PARMENÓN.- ¿De dónde es?

QUEREA.- Tampoco lo sé.

PARMENÓN.- ¿Dónde mora?

QUEREA.- Ni eso sé.

PARMENÓN.- ¿Dó la viste?

QUEREA.- En la calle.

PARMENÓN.- ¿Cómo la perdiste de vista?

QUEREA.- De eso, cabalmente, venía ahora mohíno conmigo mismo; que no creo que hay hombre a quien más contrarias les sean todas las buenas venturas.

PARMENÓN.- ¿Qué desgracia es ésa?

QUEREA.- ¡Perdido soy!

PARMENÓN.- ¿Pues qué te pasa?

QUEREA.- ¿Qué? ¿Conoces a Arquidémides, pariente de mi padre, y de sus años?

PARMENÓN.- ¿Cómo no?

QUEREA.- Éste, viniendo yo tras la doncella, se topó conmigo.

PARMENÓN.- Fue un contratiempo, en verdad.

QUEREA.- No, sino desgracia; que contratiempos, Parmenón, otras cosas son las que se han de llamar. Juramento podría hacer que ha bien seis meses o siete que yo no le había visto hasta ahora, cuando menos lo quisiera y menos lo había menester. (Indignado.) ¡Ah! ¿No te parece esto increíble? ¿Qué me dices?

PARMENÓN.- ¡Increíble!

QUEREA.- Al verme, desde lejos viénesse hacia mí corcovado, temblando, con los labios caídos, gimiendo, y dícame: «¡Hola!, ¡hola, Querea! ¡A ti digo!». Pareme. «¿Sabes lo que te quiero? -Di.

-Que tengo mañana un pleito. -¿Qué más? Que le digas sin falta a tu padre que se acuerde de venir mañana a ser mi valedor». El decirme esto le costó una hora. Pregúntole si mandaba otra cosa: «No más», dice, y yo voyme. Cuando miré por mi doncella, ella, entre tanto, habíase entrado aquí, en nuestra plaza.

PARMENÓN.- (Aparte.) Milagro será que no hable de ésta que ahora le han presentado a Tais.

QUEREA.- Cuando llego aquí, ya no estaba.

PARMENÓN.- ¿Llevaba la doncella alguna compañía?

QUEREA.- Sí: Un truhán con una moza.

PARMENÓN.- (Aparte.) ¡Ella es! (A QUEREA.) Descuidar puedes. No te fatigues; es negocio concluido.

QUEREA.- Tú no estás en lo que digo.

PARMENÓN.- Sí estoy, en verdad.

QUEREA.- ¿Sabes quién es? Dímelo, o si la has visto.

PARMENÓN.- La he visto y la conozco y sé dónde la han llevado.

QUEREA.- ¡Oh, hermano Parmenón! ¿qué la conoces?

PARMENÓN.- Sí.

QUEREA.- ¿Y sabes dónde está?

PARMENÓN.- A casa de la ramera Tais la han traído, y a ella se la han regalado.

QUEREA.- ¿Quién es tan poderoso para hacer un tal presente?

PARMENÓN.- El soldado Trasón, el rival de Fedro.

QUEREA.- Mal competidor tiene mi hermano.

PARMENÓN.- Pues si supieses qué presente tiene él en contra de ése, mejor lo dirías.

QUEREA.- ¿Cuál, por tu vida?

PARMENÓN.- Un eunuco.

QUEREA.- ¿Cuál? ¿Aquel hombre feo que ayer compró, viejo y mujer?

PARMENÓN.- Ése mismo.

QUEREA.- A él y a su presente les darán con la puerta en las narices. Pero no sabía yo que esa Tais era vecina nuestra.

PARMENÓN.- Ha poco que lo es.

QUEREA.- ¡Oh, pobre de mí! ¡Y que yo no la haya visto nunca....!
Pero, dime, ¿es tan hermosa como dicen?

PARMENÓN.- Sí.

QUEREA.- ¡Pero no tendrá que ver con ésta mía! (Alude a la doncella que se le ha perdido de vista.)

PARMENÓN.- Otra cosa es.

QUEREA.- Parmenón, amigo, ruégote que hagas como yo goce de ella.

PARMENÓN.- Lo haré con diligencia: yo lo procuraré, y te ayudaré.
¿Mandas algo más?

QUEREA.- ¿Dónde vas ahora?

PARMENÓN.- A casa: a llevar a Tais esos esclavos, (El eunuco y la negra.) como tu hermano lo mandó.

QUEREA.- ¡Oh!, ¡dichoso eunuco, que en tal casa va a entrar!

PARMENÓN.- ¿Cómo así?

QUEREA.- ¿Eso me preguntas? Verá siempre en casa una compañera de muy hermoso rostro; hablará con ella; estará en una misma casa: comerá algunas veces con ella, y aun algunas veces dormirá cabe

ella.

PARMENÓN.- ¿Y si fueses tú el afortunado?

QUEREA.- ¿De qué manera, Parmenón? Dímelo.

PARMENÓN.- Vistiéndote tú las ropas del eunuco.

QUEREA.- ¿Sus ropas? ¿Y qué más?

PARMENÓN.- Yo te llevaré en su lugar.

QUEREA.- ¡Ya!

PARMENÓN.- Y diré que eres él.

QUEREA.- Entiendo.

PARMENÓN.- De suerte que goces tú de aquellos bienes que decías ahora que él gozaría; comas con ella, estés, juegues con ella, la toques, duermas cerca de ella: pues allí nadie te conoce, ni sabe quién tú eres. Además de esto, tu rostro y años son tales, que pasarás fácilmente por eunuco.

QUEREA.- Muy bien has dicho: en mi vida vi dar mejor consejo. ¡Ea!, vamos allá dentro. Vísteme luego; llévame de aquí; llévame lo más presto que puedas. (Empuja a PARMENÓN.)

PARMENÓN.- ¿Qué haces? Que burlando lo decía.

QUEREA.- ¿Búrlaste de mí? (Ase de PARMENÓN con violencia.)

PARMENÓN.- ¡Perdido soy! ¡Pobre de mí!, ¿qué hice yo?, ¿A dó me empujas? ¡Cata que me vas a derribar! ¡A ti digo! ¡Espera!

QUEREA.- Vamos.

PARMENÓN.- ¿Aún prosigues?

QUEREA.- Estoy decidido.

PARMENÓN.- Cata que es negocio demasiado caliente.

QUEREA.- No, en verdad: déjame hacer.

PARMENÓN.- Al cabo sobre mis costillas molerán el trigo.

QUEREA.- ¡Bah!

PARMENÓN.- Gran bellaquería hacemos.

QUEREA.- ¿Bellaquería es ir a casa de una ramera, y darles el pago a aquellas que son nuestros verdugos, y nos tienen en poco a nosotros y a nuestros pocos años, y nos dan mil maneras de tormentos; y engañarlas como ellas nos engañan? ¿Parécete que sería mejor urdir engaños a mi padre? Esto lo tendrán por malo todos los que lo sepan, y esotro lo darán por muy bien hecho.

PARMENÓN.- (Accediendo a duras penas.) ¡Corriente! Si determinado estás a hacerlo, hazlo; pero después no me cargues a mí la culpa.

QUEREA.- No.

PARMENÓN.- ¿Mándasmelo?

QUEREA.- Yo te lo mando, te lo ordeno y te obligo. Nunca me retractaré de haber usado de esta autoridad. Sígueme.

PARMENÓN.- Los dioses nos den próspero suceso.

Acto III

Escena I

GNATÓN, TRASÓN, PARMENÓN.

TRASÓN.- ¿Conque Tais me mandaba muchas gracias?

GNATÓN.- Muy grandes.

TRASÓN.- ¿De veras está alegre?

GNATÓN.- No tanto en verdad por el valor del presente, cuanto por habérselo tú dado: De esto está ella más ufana.

PARMENÓN.- (Saliendo de casa de su amo.) A ver vengo cuándo será tiempo de traerlos. Pero he aquí al soldado.

TRASÓN.- Cierto que es buen hado mío, que todo cuanto yo hago se me agradece.

GNATÓN.- Así lo he echado de ver.

TRASÓN.- Hasta el mismo rey, por la menor cosa que yo hacía me daba siempre las gracias. No se portaba así con los demás.

GNATÓN.- La gloria ajena a costa de grandes trabajos adquirida, con una palabra hácela suya muchas veces el que tiene la sal que tú.

TRASÓN.- En el caso estás.

GNATÓN.- El rey, pues, a ti sobre las niñas de sus ojos...

TRASÓN.- Cabal.

GNATÓN.- ... Te llevaba.

TRASÓN.- Sí. Y confiaba de confiaba de mí todo su campo, y todos sus secretos.

GNATÓN.- Admirable.

TRASÓN.- Y si alguna vez los hombres o los negocios le cansaban o enfadaban, cuando él quería descansar, como... ¿ya me entiendes?

GNATÓN.- Sí; como quien quiere escupir del alma aquella fatiga.

TRASÓN.- Cabal. Entonces a mí solo me llevaba por su convidado.

GNATÓN.- ¡Huy!, ¡qué rey tan discreto me cuentas!

TRASÓN.- ¡Oh!, él es así, un hombre que trata con muy pocos.

GNATÓN.- Mejor dirás con ninguno, a mi parecer, si sólo contigo vive.

TRASÓN.- Todos me tenían envidia, y me roían en secreto; pero yo no los estimaba a todos en un pelo. Y ellos, a tenerme extraña envidia; pero sobre todos uno, a quien el rey había hecho coronel de los elefantes de la India. Como éste comenzó a serme más pesado, díjele: Dime, Estratón, ¿haces tanto del bravo porque tienes mando sobre las bestias?

GNATÓN.- Gracioso dicho en verdad, y sabiamente dicho: ¡Oh!, ¡degollástele!; ¿y él que te respondió?

TRASÓN.- Quedó mudo.

GNATÓN.- ¿Cómo no?

PARMENÓN.- (Aparte y aludiendo a TRASÓN.) ¡Soberanos dioses!, ¡qué cabeza tan miserable y tan perdida! (Indicando a GNATÓN.) Y aquel otro, ¡cuán gran bellaco!

TRASÓN.- Y bien: ¿nunca te he contado, Gnatón, cómo te toqué a uno de Rodas en un convite?

GNATÓN.- Nunca. Pero cuéntamelo, por tu vida. (Aparte.) Más se lo he oído de mil veces.

TRASÓN.- Estaba este mancebillo de Rodas que te digo juntamente conmigo en el convite, y yo por casualidad tenía allí una pendanga. Él comenzó a burlar con ella y mofar de mí. Dígole yo: ¿Qué es eso, sin vergüenza? ¿Siendo tú la misma liebre, buscas carne de la pulpa?

GNATÓN.- ¡Ja, ja, je!

TRASÓN.- ¿Qué tal?

GNATÓN.- Gracioso, gustoso, delicado dicho: no hubo más que pedir. ¿Y tuyo era, por tu vida? Yo por más antiguo lo tenía.

TRASÓN.- ¿Habíaslo oído?

GNATÓN.- Muchas veces, y es muypreciado.

TRASÓN.- Pues mío es.

GNATÓN.- ¡Lástima que lo empleases en un mancebillo indiscreto e hidalgo!

PARMENÓN.- (Aparte.) Los dioses te destruyan.

GNATÓN.- ¿Y él, dime, qué...?

TRASÓN.- Quedó corrido; y los que estaban allí, muertos de risa. En fin, ya todos me tenían miedo.

GNATÓN.- Con razón.

TRASÓN.- Pero oye, Gnatón, ¿parécete que yo me disculpe con Tais, pues sospecha que esta esclava (Alude a PÁNFILO.) es mi amiga?

GNATÓN.- En ninguna manera: Antes has de acrecentarle más esa sospecha.

TRASÓN.- ¿Por qué?

GNATÓN.- ¿Y lo preguntas? ¿Sabes por qué? Si ella alguna vez hiciera mención de Fedro o le alabare por darte tormento...

TRASÓN.- Entiendo.

GNATÓN.- ... para que esto no acaezca, sólo hay un remedio. Cuando ella nombre a Fedro, tú a Pánfila en la hora. Si ella dijere:

«Traigamos a Fedro a comer»; tú: «llamemos a Pánfila a cantar». Si ella alabare el buen parecer de Fedro, tú, por el contrario, el de Pánfila. Finalmente, ajo por ajo y que la pique.

TRASÓN.- Buen remedio sería este, Gnatón, si ella me amase.

GNATÓN.- Pues recibe y precia lo que tú le envías, no es nuevo el tenerte ella amor, ni es nuevo el poder tú hacer algo que le duela. Siempre estará con miedo de que el provecho que ella ahora recibe, le des a otra si te enojas.

TRASÓN.- Bien dices: no había yo caído en la cuenta.

GNATÓN.- ¡Qué gracia!, porque noté habías puesto a pensarlo; que si lo pensaras, ¡cuánto mejor que yo lo trazaras tú, Trasón!

Escena II

TAIS, TRASÓN, PARMENÓN, GNATÓN.

TAIS.- La voz del capitán me parece que he oído. Y hele aquí.

¡Bienvenido, Trasón, amor mío!

TRASÓN.- ¡Oh, mi señora Tais, dulce beso mío!, ¿qué se hace?

¿Quiéresete mucho por esta tañedora?

PARMENÓN.- (Oculto para los demás personajes.) ¡Qué discreto es!, ¡qué buena entrada ha tenido por llegar!

TAIS.- Muy mucho por tu merecimiento.

GNATÓN.- Vamos, pues, a cenar. ¿Por qué te detienes?

PARTENÓN.- (Aparte.) Cata aquí al otro: Diréis que ha nacido para servir a su vientre.

TAIS.- Cuando quisieres; no estéis por mí.

PARMENÓN.- (Aparte.) Iré y haré como que salgo ahora. Tais, ¿has de ir a alguna parte?

TAIS.- ¡Ah, Parmenón! Bien has hecho: sí, ir tengo...

PARMENÓN.- ¿Adónde?

TAIS.- (Bajo y aludiendo por señas a TRASÓN.) ¿No ves aquí a éste?

PARMENÓN.- (Bajo a TAIS.) Ya le veo, me enfada. Cuando quieras, aquí están los presentes de Fedro a tu servicio.

TRASÓN.- ¿Por qué nos detenemos? ¡Ea!, vamos de aquí.

PARMENÓN.- (A TRASÓN.) Suplícote que con tu licencia podamos darle a ésta lo que queremos, verla y hablar con ella.

TRASÓN.- (Irónico.) ¡Hermosos presentes por cierto!, ¡no se parecen a los nuestros!

PARMENÓN.- Por la obra se verá. (A un siervo.) ¡Hola! Haz que salgan acá esos que mandé traer: ¡Presto! Pasa tú acá. (Preséntase una negra.) Ésta ha venido desde Etiopía.

TRASÓN.- Ésta valdrá tres minas.

GNATÓN.- Apenas.

PARMENÓN.- ¿Dó estás tú, Doró? Llégate acá. (A TAIS.) Cata aquí el eunuco. ¡Mira qué cara de hidalgo y qué años tan tiernos!

TAIS.- Así los dioses me amen, como él es hermoso.

PARMENÓN.- ¿Qué dices tú, Gnatón? ¿Tienes algo aquí que despreciar?

¿Y tú, Trasón, qué dices? Harto le alaban, pues que callan. Pues examínale en cosa de letras, en la lucha, en la música; que yo te le doy por hábil en todo lo que le está bien saber a un hidalgo mozo.

TRASÓN.- (Aparte a GNATÓN.) Yo a ese eunuco... si menester fuese, sin beber mucho...

PARMENÓN.- (A TAIS.) Y el que esto te envía, no te pide que estés por solo él, ni que por él echés de tu casa a los demás. Ni te cuenta sus batallas; ni muestra sus señales de heridas; ni te va a la mano, como algún otro lo hace; sino que, cuando te diere gusto, cuando tú quisieres, cuando tuvieres lugar, entonces se dará por contento, si le recibieres.

TRASÓN.- (A GNATÓN.) Este siervo parece ser de algún amo pobre y miserable.

GNATÓN.- Bien creo yo que el que tuviera con qué comprar otro, no sufriría a éste.

PARMENÓN.- Calla tú, que eres el más abatido de los abatidos; porque un hombre que se pone a lisonjear a éste (Señalando a TRASÓN.) , creo que se pondrá también a sacar la comida del fuego con la boca.

TRASÓN.- (A TAIS.) ¿Vámonos ya?

TAIS.- Haré entrar primero a estos esclavos, y juntamente mandaré lo que quiero que se haga, y luego saldré. (Éntrase en casa.)

TRASÓN.- (A GNATÓN.) Yo me voy: aguarda tú a Tais.

PARMENÓN.- (En tono zumbón.) ¡No es bien que un General vaya por la calle con su amiga!

TRASÓN.- ¿Qué quieres que te diga? Te pareces a tu amo.

GNATÓN.- ¡Ja!, ¡ja!, ¡je!

TRASÓN.- ¿De qué te ríes?

GNATÓN.- De eso que ahora dijiste, y también cuando me acuerdo de aquel dicho del de Rodas. Pero Tais sale.

TRASÓN.- Ve delante, corre, para que todo esté a punto en casa.

GNATÓN.- Sea.

TAIS.- (Saliendo de su casa y hablando con PITIAS, que está dentro.) Mira, Pitias, que procures con diligencia, si Cremes por casualidad viniere aquí, rogarle sobre todo que me espere; y si esto no le acomoda, que vuelva, y si no pudiere, llévamele allá.

PITIAS.- Así lo haré.

TAIS.- ¿Qué?... ¿Qué otra cosa tenía que decirte? ¡Ah!, mucho cuidado con esa doncella; y mira, que me estéis en casa.

TRASÓN.- Vamos.

TAIS.- (A sus doncellas.) Seguidme vosotras.

Escena III

CREMES.

CREMES.- Realmente que cuanto más y más lo pienso, creo que me ha de causar esta Tais algún gran daño, según veo que me va cascando astutamente desde la primera vez que me mandó que me llegase hasta su casa. Alguno me preguntará: ¿Qué tenías tú con ella?» Cierto que ni la conocía. Cuando vine, halló achaque para hacerme quedar allí. Díceme que había ofrecido un sacrificio y que tenía que tratar conmigo un negocio de importancia. Ya yo estaba con sospecha que todo esto lo hacía con engaño. Arrimábaseme, entrometíase conmigo, buscaba ocasión de conversación. Cuando vio que yo le respondía fríamente, vino a dar en esto: Cuánto hacía que se habían muerto mis padres: «Ya ha mucho», le digo; si tenía alguna granja en Sunio, y si estaba lejos de la mar. Yo creo le debe haber parecido bien, y que piensa si me la podrá rapar. Finalmente, si se me había perdido allí alguna hermana pequeña, y quién con ella juntamente, y si

habría quién la pudiese conocer. ¿A qué fin estas preguntas, si no pretende, según la mujer es de atrevida, darme a entender que es ella la hermana que se me perdió? Pero aquélla, si es viva, tiene dieciséis años, y no más. Tais es de algo estás tiempo que no yo. Segunda vez me ruega por un siervo que venga. Diga, pues, lo que quiere o no me dé más fatiga; que a buena fe que no vuelva acá la tercera vez. (Llamando a la puerta de TAIS.) ¡Ah, de casa!

Escena IV

PITIAS, CREMES.

PITIAS.- (Dentro.) ¿Quién está allí?

CREMES.- Yo soy. Cremes.

PITIAS.- (Saliendo.) ¡Oh, mancebo gallardísimo!

CREMES.- (Aparte.) ¡Lo dicho: aquí quieren cazarme!

PITIAS.- Tais te pide por merced que vuelvas mañana.

CREMES.- A mi alquería me voy.

PITIAS.- Hazlo por mi amor.

CREMES.- Digo que no puedo.

PITIAS.- Estate a lo menos aquí con nosotras hasta que ella vuelva.

CREMES.- Ni eso tampoco.

PITIAS.- ¿Por qué no, Cremes de mi alma?

CREMES.- Quítateme allá en mal hora.

PITIAS.- Si así lo determinas, ve a lo menos, por mi amor, donde ella está.

CREMES.- Sea.

PITIAS.- Ve, Dorias; lleva de presto a éste a casa del soldado.

Escena V

ANTIFÓN, solo.

ANTIFÓN.- Ayer algunos mancebos en Pireo convinimos en comer juntos hoy, a escote. Dímosle a Querea el encargo, depositamos nuestras sortijas, señalamos lugar y hora. La hora ya es pasada, en el lugar donde concertamos no hay cosa aparejada, el hombre no parece. Ni sé qué me diga, ni sé qué me piense. Aflora todos los otros me han encargado que le busque. Voy a ver si está en su casa. (Aparece

QUEREA vestido con la ropa del eunuco.) ¿Quién es éste que sale de la de Tais? ¿Es él o no es él? Realmente que es él. ¿Qué facha de hombre es éste? ¿Qué manera de traje? ¿Qué desgracia es ésta? No salgo de mi asombro, todo me vuelvo conjeturas. Ante todo, apartareme, para averiguar lo que es.

Escena VI

QUEREA, ANTIFÓN.

QUEREA.- ¿Hay alguno aquí? No hay nadie. ¿Sígueme alguno de la casa? (Mirando a la de TAIS.) Nadie. ¿Puedo ya hacer que reviente este mi contento? ¡Oh, Júpiter! Ésta es realmente la hora en que te podría tomar con paciencia que me matasen, porque el resto de mi vida no me agüe con alguna pesadumbre este mi gozo. Pero, ¿no me toparía yo ahora con un amigo curioso que me siguiera por doquiera que fuese y me moliese y me matase a poder de preguntarme qué regocijo es éste, o qué alegría, a dónde voy, o de dó me escapo, de dónde he habido este vestido, qué pretendo con él, si estoy en mi seso o si estoy loco?

ANTIFÓN.- (Aparte.) Voy a darle ese contento que desea. (Alto.) ¿Qué es esto, Querea?, ¿de qué estás así regocijado?, ¿qué vestido es éste?, ¿de qué vienes tan alegre?, ¿qué pretendes?, ¿estás en tu seso?, ¿qué me miras?, ¿por qué no me respondes?

QUEREA.- ¡Oh, encuentro apacible al presente para mí! Amigo, bienvenido seas. Con ninguno me pudiera yo ahora tomar que más placer me diese, que contigo.

ANTIFÓN.- Cuéntame, por tu vida, lo que te pasa.

QUEREA.- Antes yo, en verdad, te suplico que me oigas. ¿Conoces a ésta que es amiga de mi hermano?

ANTIFÓN.- Sí, creo que es Tais.

QUEREA.- Ésa misma.

ANTIFÓN.- Así lo tenía entendido.

QUEREA.- Hanle hoy regalado una doncella, cuyo gracioso rostro no hay para qué yo te lo diga, Antifón, ni te lo alabe, pues ya tú sabes cuán buen juez de rostros soy. Heme aficionado a ella.

ANTIFÓN.- ¿De veras?

QUEREA.- Yo sé que si tú la ves, dirás que es la primera. ¿Que es menester rodeos? Comencé a amarla. Había casualmente en nuestra casa un eunuco que mi hermano había mercado para Tais, y aun no se le habían llevado. Aconsejome entonces mi criado Parmenón una traza que yo al punto hice mía.

ANTIFÓN.- ¿Cuál?

QUEREA.- Callando lo entenderás más presto: que yo trocarse con él las ropas, y me hiciese presentar en lugar de él.

ANTIFÓN.- ¿En lugar del eunuco?

QUEREA.- Sí.

ANTIFÓN.- ¿Y qué provecho habías de sacar de eso?

QUEREA.- ¡Vaya una pregunta...! Verla, oírla, estar en compañía de aquella que deseaba, Antifón. ¿No te parece bastante causa y razón para hacerlo? Entrégame, en fin, a la mujer. Ella me recibe muy alegre, me lleva a su casa, encomiéndame la doncella.

ANTIFÓN.- ¿A quién?, ¿a ti?

QUEREA.- A mí.

ANTIFÓN.- A buen seguro, cierto.

QUEREA.- Manda que varón ninguno se llegue a ella, y a mí encárgame que no me aparte de ella, sino que en lo más secreto de la casa me esté con ella sola. Acéptolo, puestos mis ojos en el suelo de vergüenza.

ANTIFÓN.- ¡Cuitado!

QUEREA.- «Yo, dice, me voy convidada a cenar». Y llévase consigo sus criadas. Quedan unas pocas para estar con ella; criadas bisoñas. Aparéjanle luego el baño; dígoles que se den prisa. Mientras lo aparejaban, la doncella estaba sentada en su cámara, mirando una pintura en la cual estaba dibujado como dicen que un tiempo Júpiter había descargado en el regazo de Danae una lluvia de oro. Comencé yo también a mirarla. Y como él antaño había hecho otra burla semejante, tanto más yo en mi alma me alegraba viendo que un dios se había transformado en hombre y venido a casa ajena escondidamente por el tejado a engañar a una mujer. ¿Y qué dios, sino aquel que con sus truenos hace temblar a los más altos alcázares del cielo? ¿Y yo, hombrecillo, no lo había de hacer? ¡Pardiez, que lo hice; y aun de buena gana! Mientras yo estaba en estos pensamientos, llaman a la doncella, para que vaya al baño. Va, báñase, y vuelve. Después ellas échanla en la cama. Yo me estaba de pie, aguardando si me mandarían algo. Viene una y dícame: «¡Hola, Doró!, toma este abanico y hazle a ésta viento así (Imitando la acción de abanicar.) , mientras nosotras nos bañamos. Cuando nosotras nos hayamos bañado, te bañarás tú, si quieres». Tonto el abanico con aire de tristeza.

ANTIFÓN.- ¡Oh, quién viera allí esa tu cara desvergonzada! ¡Qué facha tendría un tan grande asno como tú con el abanico en la mano!

QUEREA.- Apenas la criada me hubo dicho esto, cuando botan todas afuera, vanse a bañar, triscan como lo suelen hacer cuando están fuera los señores. En esto quédase dormida la doncella. Yo cautamente miro de tras ojo, así (Airando.) , por el abanico, y reconozco juntamente si todo lo demás estaba seguro. Veo que lo estaba; echo el cerrojo a la puerta.

ANTIFÓN.- ¿Qué más?

QUEREA.- ¿Cómo qué más, simple?

ANTIFÓN.- Tienes razón.

QUEREA.- ¿Y había yo de dejar pasar una ocasión tan grande, tan breve, tan deseada y que tan sin pensar se me ofrecía? Entonces fuera yo de veras el que me fingía ser.

ANTIFÓN.- Dices muy gran verdad. Pero, ¿qué hay de la comida?

QUEREA.- Todo está a punto.

ANTIFÓN.- Hombre de recado eres. ¿En dónde?, ¿en tu casa?

QUEREA.- No; en la del liberto Disco.

ANTIFÓN.- ¡Qué lejos...! Pero tanto mayor prisa nos demos. Muda de ropas.

QUEREA.- ¿Dónde me mudaré, pobre de mí? Porque a casa no puedo ir ahora. Temo que esté allí mi hermano, y también que haya vuelto ya mi padre de la granja.

ANTIFÓN.- Vamos a mi casa; que esto es lo más cerca donde te mudes.

QUEREA.- Bien dices. Vamos. Y de paso quiero consultar contigo acerca de esta moza cómo la podré gozar en adelante.

ANTIFÓN.- Sea.

Acto IV

Escena I

DORIAS.

DORIAS.- Así me amen los dioses, como yo, cuitada, según vi al soldado, temo no haga hoy aquel loco a Tais alguna revuelta o alguna fuerza. Porque en cuanto llegó allá ese mancebo Cremes, hermano de la doncella, ruégale al soldado que le mande entrar. El soldado puso al instante mala cara; pero no osaba decirle que no. Tais comienza a porfiarle que convide al hombre. Esto hacía ella por entretener a Cremes; porque entonces no era ocasión para decirle lo que le quería descubrir acerca de su hermana. Convidole de mala gana. Quédase Cremes. Ella comienza a trabar con él conversación. El soldado entiende que le ha metido a su competidor por los ojos, y quiere también él a ella darle pena. «¡Hola, mozo! -dice-; llámanos aquí a Pánfila para que nos regocije. -¡De ninguna manera! -grita Tais-. ¿Ella al convite?». El soldado rompe a reñir con Tais. Y mi señora quítase secretamente los anillos y dámelos a guardar. Señal de que en pudiendo se escabullirá de sus manos: yo lo sé.

Escena II

FEDRO.

FEDRO.- Yendo a la granja, comencé por el camino a discurrir entre mí de una cosa en otra, como suele acaecer cuando alguna pasión hay en el alma, y a pensar en todas lo peor. ¿Que es menester razones? Yendo en esto pensativo, sin caer en la cuenta, me pasé de largo de la granja; cuando di en la cuenta, ya me había alejado mucho. Vuelvo atrás harto mohíno. Pareme, y comencé a pensar entre mí mismo: «¡Ah!, ¿dos días he de estar aquí, solo, sin ella? ¿No hay algún remedio? Ninguno.- ¿Eh? ¿Ninguno? ¿Ya que no tenga lugar de tocarla, no le tendré siquiera de verla? ¡Oh!, si aquello no es posible, esto a lo menos lo será; que todavía es algo gozar siquiera de la última raya del amor.» Y así me pase a sabiendas de la granja.- Pero ¿qué ocurre, que Pitias sale de casa tan alterada y tan de prisa?

Escena III

PITIAS, DORIAS, FEDRO.

PITIAS.- ¿Dónde hallaría yo, cuitada, a aquel malvado y descomedido, o dónde le iría yo a buscar? ¡Y que haya tenido semejante atrevimiento!

FEDRO.- (Aparte.) ¡Pobre de mí! ¡Qué habrá sido esto!

PITIAS.- (Aparte.) Y el muy bribón, después de haber escarnecido a la doncella, le rasgó a la infeliz toda la ropa y le deshizo todo su peinado.

FEDRO.- (Aparte, con indignación y asombro.) ¡Eh!

PITIAS.- ¡Oh, quién le tuviera ahora aquí! ¡Cómo le arremetiera prestamente a los ojos con mis uñas al hechicero!

FEDRO.- (Aparte.) No sé qué revuelta ha habido en casa en mi ausencia. Acercareme. ¿Qué es eso, Pitias? ¿A dó corres? ¿A quién buscas?

PITIAS.- ¡Ah, Fedro! ¿Que a quién busco....? ¡Véteme de aquí donde mereces con tus presentes tan donosos!

FEDRO.- ¿Qué es ello?

PITIAS.- ¿Y lo preguntas? El eunuco que nos diste, ¿qué escándalos piensas nos ha hecho? Ha seducido a la doncella que el soldado había regalado a mi señora.

FEDRO.- ¿Qué me dices?

PITIAS.- ¡Ay, cuitada de mí!

FEDRO.- Borracha estás.

PITIAS.- ¡Así se vean los que mal me quieren!

DORIAS.- ¡Ay, Pitias mía! Dime por tu vida: ¿qué monstruo era ése?

FEDRO.- Tú estás loca. ¿Cómo pudo un eunuco hacer cosa semejante?

PITIAS.- Yo no sé quién él es; pero lo que él ha hecho, por la obra se ve. La pobre doncella está llorando, y si le preguntan qué ha, no

lo osa decir. Y a todo esto, el hombre de bien no parece por ninguna parte, y aun sospecho, cuitada, no se me haya llevado algo de casa a la partida.

FEDRO.- No sé yo que se pueda haber ido muy lejos el follón, si ya no se nos ha vuelto a nuestra casa.

PITIAS.- ¡Mira, por mi amor, si está!

FEDRO.- Yo haré presto que lo sepas.

DORIAS.- ¡Ay, cuitada de mí! Te digo, hija, que en mi vida he oído tan gran bellaquería.

PITIAS.- Yo bien había oído decir, en buena fe, que los eunucos eran muy aficionados a las mujeres, pero que no podían hacer nada. Pero yo no pensé en ello, cuitada de mí; que le hubiera encerrado en alguna parte, y nunca le hubiera encomendado la doncella.

Escena IV

FEDRO, DORO, PITIAS, DORIAS.

FEDRO.- (A la puerta de su casa.) ¡Sal acá fuera, bribón! ¿Aún te detienes, fugitivo? ¡Ven acá, eunuco de perdición!

DORO.- (En ademán suplicante.) ¡Por lo más sagrado!...

FEDRO.- ¡Oh, mira cómo tuerce la boca el bellaco verdugo! ¿Qué vuelta es ésta por acá? ¿Qué mudanza de traje es ésta? ¿Qué dices? Si un poco me descuido, Pitias, no le atrapo en casa, según había aparejado ya su fuga.

PITIAS.- ¿Tienes el hombre por tu vida?

FEDRO.- ¿Pues no le había de tener?

PITIAS.- ¡Oh, qué bien lo has hecho!

DORIAS.- ¡Vaya si estuvo bien!

PITIAS.- ¿Dónde está?

FEDRO.- ¿Eso preguntas? ¿No le ves allí?

PITIAS.- ¿Que si le veo? ¿Quién es?

FEDRO.- Éste.

PITIAS.- ¿Quién es este hombre?

FEDRO.- El que os llevaron hoy a vuestra casa.

PITIAS.- A éste, Fedro, ninguna de nosotras jamás le ha visto de sus ojos.

FEDRO.- ¿Que no le ha visto?

PITIAS.- ¿Este creíste tú de veras que nos habían traído a nuestra casa?

FEDRO.- ¿Pues cuál...? Otro ninguno yo no he tenido.

PITIAS.- ¡Bah!, ¡qué tiene que ver éste con el otro! Aquél era de rostro hermoso y ahidalgado.

FEDRO.- Pareciótelo entonces así, porque estaba vestido de colores: y como ahora no los lleva, te parece feo.

PITIAS.- ¡Calla, por tu vida! ¡Como si fuese poca la diferencia! El que trajeron a nuestra casa es un mancebillo que tú holgaras, Fedro, de verle. Éste está marchito, viejo, dormidor, arrugado, de color de comadreja.

FEDRO.- ¿Qué cuentos son éstos? A punto me traes, que yo mismo no sepa lo que he hecho. (A DORO.) Dime tú, ¿no te compré yo a ti?

DORO.- Me compraste.

PITIAS.- Mándale que me responda a mí ahora.

FEDRO.- Pregúntale.

PITIAS.- ¿Has venido tú hoy a nuestra casa? (DORO hace un signo negativo.) Mira cómo dice que no. El que vino sería de dieciséis años, y Parmenón le trajo consigo.

FEDRO.- Ea, pues, declárame ya esta maraña primeramente: ¿Esas ropas que tienes, de dónde las has habido? ¿Y aún callas? ¡Monstruo de natura humana!, ¿no hablarás?

DORO.- Vino Querea...

FEDRO.- ¿Mi hermano?

DONO.- Sí.

FEDRO.- ¿Cuándo?

DORO.- Hoy.

FEDRO.- ¿Cuánto ha?

DORO.- Poco.

FEDRO.- ¿Con quién?

DORO.- Con Parmenón.

FEDRO.- ¿Conocíasle tú antes de ahora?

DORO.- No. Ni quién fuese había oído.

FEDRO.- ¿De dónde, pues, sabías que él era mi hermano?

DORO.- Parmenón decía que lo era. (Continuando su declaración.) Me dio este vestido...

FEDRO.- Perdido soy.

DORO.- (Terminando.) Y él se puso el mío. Después se salieron juntos de casa.

PITIAS.- Bien a la clara ves ya que yo no estoy borracha, y que no te he mentado en nada; bien notoria está la seducción de la doncella.

FEDRO.- ¡Calla, bestia!, ¿a éste das tú crédito?

PITIAS.- ¿Qué necesidad tengo yo de creer a ése? Ello mismo lo dice.

FEDRO.- (A DORO.) Hazte hacia allá un poco: ¿entiendes? Otro poco más. Basta. Dime ahora de nuevo: ¿Querea te quitó a ti tu vestido?

DORO.- Sí.

FEDRO.- ¿Y él se lo puso?

DORO.- Sí.

FEDRO.- ¿Y en tu lugar fue traído a esta casa? (Indicando la de TAIS.)

DORO.- Sí.

FEDRO.- (Con ironía.) ¡Oh, soberano Júpiter, y qué hombre tan bellaco y atrevido!

PITIAS.- ¡Ay, de mí! ¿Todavía no crees las fuertes burlas que nos han hecho?

FEDRO.- Ya me maravillaba yo que tú no creyeses lo que ése dice.
(Aparte.) No sé qué me haga. (A DORO, en voz baja.) ¡Hola, tú!
Niégalo ahora todo. (Alto.) ¿No he de poder yo sacar de ti hoy en
limpio la verdad? ¿Has visto a mi hermano Querea?
DORO.- No.
FEDRO.- No puede éste, según veo, confesar sin tormento la verdad.
Ora dice sí, ora no. (Bajo, a DORO.) Pídeme perdón.
DORO.- De veras te suplico, Fedro.
FEDRO.- ¡Acaba: entra ya! (Le golpea.)
DORO.- ¡Ay, ay!
- FEDRO. (Aparte.) De otra manera no sé cómo desenredarme
honestamente de este lío. (Alto, a DORO, que ya ha entrado en
casa.) He de acabar contigo, bribón, si pretendes burlarte de mí.

Escena V

PITIAS, DORIAS.

PITIAS.- Tan cierto sé que ésta ha sido traza de Parmenón, como que
tengo de morir.
DORIAS.- Realmente es así.
PITIAS.- Pues a fe que yo halle hoy con qué pagarle en lo mismo.
Pero, ¿qué te parece ahora, Dorias, que yo haga?
DORIAS.- ¿En lo de la doncella dices?
PITIAS.- Sí; ¿será bien que lo calle, o que lo descubra?
DORIAS.- Tú, hija, si eres cuerda, haz del ignorante, así en lo del
eunuco, como en lo de la violación de la doncella. Porque con esto
tú te librarás de todo enojo, y a la doncella le harás placer.
Solamente di cómo se ha ido Doro.
PITIAS.- Así lo haré.
DORIAS.- Pero, ¿no es Cremes el que veo? Presto estará aquí Tais.
PITIAS.- ¿Por qué?
DORIAS.- Porque cuando yo salí de allá, ya entre ella y Trasón
quedaba la riña comenzada.
PITIAS.- Mete allá dentro este oro; (Entrégale los anillos.) yo
sabré de éste (Señalando a CREMES.) lo que pasa.

Escena VI

CREMES, PITIAS.

CREMES.- (Sin ver a PITIAS.) ¡Ta!, ¡ta! Realmente que he sido engañado; hame volcado el vino que bebí. Cuando estaba sentado, ¡cuán en mi seso me parecía que estaba! Y después que me he levantado, ni los pies ni la cabeza hacen bien su oficio.

PITIAS.- (Llamándole.) ¡Cremes!

CREMES.- ¿Quién va? ¡Hola, Pitias! ¡Bah!, ¡cuánto más hermosa me pareces ahora, que antes!

PITIAS.- Y tú a mí harto más regocijado, por cierto.

CREMES.- Realmente que es verdadero aquel dicho: «Sin el bien comer y bien beber, son cosa muy fría los amores». Pero, ¿ha mucho que ha venido Tais?

PITIAS.- ¡Cómo!, ¿salió ya de casa del soldado?

CREMES.- Rato ha: un siglo. Ha habido entre ellos grandes riñas.

PITIAS.- ¿No te dijo que vinieses con ella?

CREMES.- No; pero al salir me hizo señas.

PITIAS.- Y qué, ¿no te bastaba?

CREMES.- No entendía que me decía eso, sino la reprendiera el soldado; lo cual mucho menos lo entendí, porque me echó a la calle. Pero hela aquí dó viene. Maravíllome dónde la he podido yo pasar delante.

Escena VII

TAIS, CREMES, PITIAS.

TAIS.- Bien creo yo que él vendrá ahora a quitarme por fuerza la doncella. Pero déjale tú; que si él ni aun con sólo un dedo me la toca, yo le sacaré luego aquellos ojos. Yo hasta tanto podré sufrir su necedad y palabras fanfarronas, mientras no fueren más que palabras; pero si las pone por obra, él llevará en la cabeza.

CREMES.- Tais, rato ha ya que yo estoy aquí.

TAIS.- ¡Oh, mi Cremes!, a ti mismo esperaba. ¿No sabes como por ti han sucedido todas estas riñas? ¿Y cómo todo este negocio te interesa a ti?

CREMES.- ¿A mí?, ¿por qué?, ¡como si eso...!

TAIS.- ¿Por qué? Por procurar yo devolverte y restituirte tu hermana, he pasado estas cosas, y otras muchas tonto éstas.

CREMES.- ¿Dónde está ella?

TAIS.- En mi casa.

CREMES.- (Con temor.) ¡Oh!

TAIS.- ¿De qué te alteras? Criada como a ti y a ella es debido.

CREMES.- ¡Ah!, ¿qué me dices?

TAIS.- La realidad de la verdad. Yo te la doy graciosamente: no te pido por ella ni una blanca.

CREMES.- Yo te lo agradezco, Tais, y te lo pagaré como tú lo has merecido.

TAIS.- Pero mira, Cremes, no la pierdas antes de recibirla de mi mano; porque ella es la que el soldado me viene a quitar por fuerza. Corre tú, Pitias; saca de casa la cestilla con los documentos.

CREMES.- (Viendo a lo lejos a TRASÓN con acompañamiento.) Tais, ¿no ves tú aquél...?, ¿no ves el soldado, Tais?

PITIAS.- (Preguntando por la cestilla.) ¿En qué parte está?

TAIS.- En el baúl: ¡enemiga, camina!

CREMES.- ¡Es el soldado! ¡Qué de gente trae consigo! ¡Tate!

TAIS.- ¡Ay, amigo mío! ¿Y tan cobarde eres, por tu vida?

CREMES.- ¡Eso no! ¿Yo cobarde? No hay hombre que lo sea menos.

TAIS.- Pues eso habemos menester.

CREMES.- ¡Ah, temo que aún no sabes bien qué, hombre soy yo!

TAIS.- Sobre todo, considera que el sujeto con quien has de habértelas es forastero, menos poderoso que tú, menos conocido y tiene aquí menos amigos.

CREMES.- Ya lo veo eso. Pero cuando se puede evitar el peligro, necedad es ponerse en él. Mas quiero yo que lo proveamos con tiempo, que no tomar venganza del agravio después de recibido. Ve tú y cierra tu puerta, por dentro, mientras yo corro a la plaza. Quiero que en esta brega tengamos algunos valedores.

TAIS.- Espera.

CREMES.- Es lo mejor.

TAIS.- Espera.

CREMES.- Déjame, que ya vuelvo.

TAIS.- Que no hay necesidad de esos valedores, Cremes. Di solamente que ella es tu hermana, que te la hurtaron siendo niña pequeña y que ahora la has conocido, y muéstrales las pruebas.

PITIAS.- (Entrando con la cestilla.) Helas aquí.

TAIS.- (A CREMES.) Tómalas. Si te hiciere el hombre fuerza, llévale delante de la justicia. ¿Hasme entendido?

CREMES.- Muy bien.

TAIS.- Procura decirle todo esto con ánimo esforzado.

CREMES.- Así lo haré.

TAIS.- Álzate esa capa. (Aparte.) ¡Pobre de mí! ¡Él se ha menester padrino y tómole yo por mi amparo!

Escena VIII

TRASÓN, GNATÓN, SANGA, con sus camaradas; CREMES, TAIS.

TRASÓN.- ¡Que haya yo de sufrir una tan grande afrenta, Gnatón! ¡Más vale morir! Simalión, Donace, Sirisco, seguidme. Lo primero de todo he de combatir la casa.

GNATÓN.- Muy bien.
TRASÓN.- Y quitarle por fuerza la doncella.
GNATÓN.- Bien dices.
TRASÓN.- A ella darle una buena mano.
GNATÓN.- Al caso.
TRASÓN.- Donace, al centro del escuadrón con la barra: tú, Simalión, en el ala izquierda, y tú, Sirisco, a la derecha. Vengan los otros. ¿Qué es del centurión Sanga y toda aquella manada de ladrones?
SANGA.- ¡Presente!
TRASÓN.- ¡Don... cobarde! ¿Haces cuenta de pelear con la esponja, pues la traes acá?
SANGA.- ¿Yo? Como conozco el valor del General y el empuje de las tropas, entendí que esto no se podía hacer sin derramar sangre. ¿Con qué, pues, había de limpiar las heridas?
TRASÓN.- ¿Qué es de los otros?
SANGA.- ¿Cuáles otros, mala peste?... Sólo Sannión guarda la casa.
TRASÓN.- (A GNATÓN.) Tú ponlos a éstos en orden de batalla: yo aquí detrás de los primeros; desde allí haré a todos la señal.
GNATÓN.- (A los espectadores.) Aquello es ser cuerdo mirad cómo los ha ordenado y tomado el lugar más seguro para sí.
TRASÓN.- Esto mismo, ya antes de ahora, lo hizo Pirro muchas veces.

CREMES.- (En casa de TAIS.) ¿No ves tú, Tais, lo que ése hace? Realmente que fue bueno aquel consejo de cerrar las puertas.
TAIS.- Sábetete que ése, que te parece ser algún hombre de valor, es una fanfarria: no le tengas miedo.
TRASÓN.- (A los suyos.) ¿Qué os parece?
GNATÓN.- Una honda quisiera yo ahora que tuvieras, para que les sacudieras desde aquí, de lejos, encubierto: luego huyeran.
TRASÓN.- (En actitud bélica.) Pero allá veo a la misma Tais.
GNATÓN.- ¿Por qué no arremetemos ya?
TRASÓN.- Detente; que el hombre cuerdo primero ha de procurarlo todo, que venir a las manos: ¿qué sabes tú si ella hará sin violencia lo que yo le mande?
GNATÓN.- ¡Oh, soberanos dioses, qué cosa tan grande es el saber! Jamás me allego a ti, que no me despida más sabio.
TRASÓN.- Tais, cuanto a lo primero, respóndeme a esto: cuando yo te di esa doncella, ¿no me prometiste que estarías por mí solo todos estos días?
TAIS.- Bien, ¿y qué?...
TRASÓN.- ¿Eso me preguntas, habiéndome traído a tu amigo delante de mis ojos...?
TAIS.- ¿Qué tienes tú que ver con él?
TRASÓN.- ¿Y venídotte con él escondidamente?
TAIS.- ¡Me dio la gana!
TRASÓN.- Vuélveme, pues, a Pánfila. aquí, si no quieres más que te la quite por fuerza.
CREMES.- ¿Ella que te la vuelva, o tú que la toques? ¡El muy...!
GNATÓN.- (A CREMES, intimidándole.) ¡Ah!, ¿qué haces? ¡Calla!

TRASÓN.- ¿Qué buscas tú aquí? ¿Por qué no he de tocar yo la que es mía?

CREMES.- ¿Tuya, ladrón?

GNATÓN.- Mira, por tu vida, que no sabes a cuán principal varón afrentas.

CREMES.- (A GNATÓN.) Quítateme de aquí. (A TRASÓN.) ¿Sabes cómo te va en el negocio? Si tú aquí movieses ningún alboroto, yo haré que para siempre te acuerdes de este lugar y día, y aun de mí.

GNATÓN.- (Burlándose de CREMES y de TRASÓN.) Duelo tengo de ti, que con un hombre tan principal tomas enemistad.

CREMES.- Hacerte he pedazos la cabeza, si de aquí no te me quitas.

GNATÓN.- ¿Díceslo de veras, perro? ¿Así nos tratas?

TRASÓN.- ¿Quién eres tú?, ¿qué pretendes aquí?, ¿qué tienes tú que ver con ella?

CREMES.- Vas a saberlo. Cuanto a lo primero, digo que ella es libre.

TRASÓN.- ¡Je, je!

CREMES.- Ciudadana de Atenas.

TRASÓN.- ¡Huy!

CREMES.- Hermana mía.

TRASÓN.- ¡Habrás cara dura!

CREMES.- Y desde ahora, soldado, te requiero que no le hagas ninguna fuerza. Tais, yo me voy a casa de Sofrona, su nodriza: yo la traeré aquí y le mostraré estos documentos.

TRASÓN.- ¿Tú has de prohibirme que yo toque la que es mía?

CREMES.- Digo que te lo prohibiré.

GNATÓN.- (A TRASÓN.) ¿Le entiendes? Éste en pleito de hurto se enreda, y para ti esto te basta.

TRASÓN.- Tais, ¿dices tú lo mismo?

TAIS.- Busca quien te responda.

TRASÓN.- (Pausa.) Y ahora, ¿qué hacemos?

GNATÓN.- Volvámonos; que ella vendrá luego a rogar de su propia voluntad.

TRASÓN.- ¿Así lo crees?

GNATÓN.- ¡Como si lo viera! Yo conozco la condición de las mujeres; cuando las quieren, no quieren, y cuando no las quieren, ellas ruegan.

GNATÓN.- Bien dices.

GNATÓN.- ¿Despido ya el ejército?

TRASÓN.- Cuando quieras.

GNATÓN.- Sanga amigo: acuérdate también de la casa y de la cocina, como cumple a los soldados valerosos.

SANGA.- Rato ha que en los platos tengo puesto el pensamiento.

GNATÓN.- Hombre eres de provecho.

TRASÓN.- Seguidme vosotros por aquí.

Escena I

TAIS, PITIAS.

TAIS.- ¿No acabarás, malvada, de hablarme por cifras? Sí sé... No lo sé... Fuese... Helo oído... Yo no estuve allí... ¿No me dirás claramente lo que pasa? La doncella, tiene sus ropas rasgadas; está llorando, sin hablar palabra; el eunuco escapó, ¿por qué?, ¿qué ha su cedido aquí?, ¿aun callas?

PITIAS.- ¿Qué quieres que te diga cuitada de mí? Dicen que aquél no era eunuco.

TAIS.- ¿Quién era, pues?

PITIAS.- Querea.

TAIS.- ¿Cuál Querea?

PITIAS.- Ese mozo hermano de Fedro.

TRASÓN.- ¿Qué dices, hechicera?

PITIAS.- Yo he sabido de cierto.

TAIS.- ¿Y a qué fin vino a nuestra casa? ¿Por qué trajeron?

PITIAS.- No lo sé; sino que creo debía estar enamorado de Pánfila.

TAIS.- ¡Ay, cuitada de mí, perdida soy! ¡Desdichada de mí, si tú verdad me dices! ¿Y de eso llora la doncella?

PITIAS.- Sospecho que sí.

TAIS.- ¿Qué dices, sacrílega? ¿Y eso es lo que yo te encargué cuando me fui?

PITIAS.- ¿Qué querías que hiciese? Encomendécela a él solo, como tú me lo mandaste.

TAIS.- ¡Malvada!, ¡la oveja confiaste al lobo! Corrida estoy de que así me hayan hecho esta burla. (Viendo a QUEREA con el traje del eunuco.) ¿Qué hombre es aquél?

PITIAS.- ¡Señora mía, calla, calla por tu vida; que salvas somos! ¡Aquí tenemos al hombre!

TAIS.- ¿Dónde está?

PITIAS.- Cátale ahí, a la mano izquierda: ¿no le ves?

TAIS.- Ya le veo.

PITIAS.- Manda que le prendan al punto.

TAIS.- ¿Y qué haremos con él, necia?

PITIAS.- ¿Qué harás, me preguntas? ¡Mira por mi amor, si no tiene cara de desvergonzado!, ¿no? Además, ¡qué audacia la suya!

Escena II

QUEREA, en traje de eunuco; TAIS, PITIAS.

QUEREA.- (Sin verlas.) En casa de Antifón estaban como aposta el padre y la madre, de manera que yo no podía entrar sin que me vieses. En esto, estando yo allí a la puerta, venía hacia mí un conocido mío. Cuando le vi, dime a correr lo más presto que pude hacia un callejón desierto, y de allí a otro, y de aquél después a otro, y así he andado, pobre de mí, huyendo porque nadie me conociese. Pero, ¿es por ventura Tais ésta que veo? La misma. Perplejo estoy. ¿Qué haré? ¡Pero a mí qué!... ¿qué me ha de hacer?

TAIS.- (A PITIAS.) Lleguémonos a él. (A QUEREA.) Doro, hombre de bien, estás en hora buena. Dime, ¿has huido?

QUEREA.- Señora, sí.

TAIS.- ¿Y parécete bien eso?

QUEREA.- No.

TAIS.- ¿Y piensas salirte sin castigo?

QUEREA.- Perdóname este yerro, y si otra vez lo cometiere, mátame.

TAIS.- ¿Temiste, por ventura, mi cólera?

QUEREA.- No.

TAIS.- ¿Pues qué...?

QUEREA.- Temí que ésta me acusara ante ti.

TAIS.- ¿Qué habías hecho tú?

QUEREA.- Poca cosa.

PITIAS.- ¡Ah, desvergonzado! ¡Poca cosa! ¿Y poca cosa te parece deshonorar una doncella ciudadana?

QUEREA.- Creí que era esclava como yo.

PITIAS.- ¿Esclava? No sé quién me detiene que no le asga de los cabellos. ¡El monstruo aún viene con ganas de mofarse de nosotras.

TAIS.- Quítate de ahí, loca.

PITIAS.- ¿Por qué? ¿A qué pena le quedaré yo obligada a este ladrón, si se los arrancare, mayormente pues él confiesa ser tu esclavo?

TAIS.- Dejemos ahora todo eso. Lo que nos has hecho, Querea, no es digno de ti. Porque ya que yo mereciera una afrenta como ésta, a lo menos el hacerla no te estaba bien a ti. Y realmente que no sé qué partido tomé con esta doncella, según tú me has revuelto todos mis consejos para no poderla entregar a sus parientes, como era razón y yo lo deseaba, para granjear yo, Querea, esta buena obra.

QUEREA.- Pues aún confío, Tais, que de hoy más ha de haber amor perpetuo entre nosotros. Porque muchas veces, de cosas semejantes y de malos principios ha procedido gran familiaridad. ¿Qué sabes si algún dios lo ha querido así?

TAIS.- En tal caso, por mi vida que yo también lo admito y lo quiero.

QUEREA.- Y así te lo suplico. Sabe que si lo hice no, fue por afrentarla, sino por amor.

TAIS.- Ya lo sé; y por esto, en verdad, de buena gana te lo perdono; que no soy yo, Querea, de tan cruel condición, ni tan novicia, que no sepa cuánto puede el amor.

QUEREA.- Así los dioses me amen, Tais, como yo. También a ti te quiero mucho.

PITIAS.- Señora, en buena fe que me parece que te debes guardar de éste.

QUEREA.- No tendría yo tal atrevimiento.

PITIAS.- No fío nada de ti.

TAIS.- (A PITIAS, imponiéndole silencio.) Basta ya.

QUEREA.- Yo ahora te suplico que seas mi valedora en esto. Yo me encomiendo y entrego a tu fidelidad, y te tomo por mi patrona: pídotelo por merced; moriré si con ella no me caso.

TAIS.- ¿Y si tu padre...?

QUEREA.- ¿Mi padre? Yo sé de cierto que querrá, con tal que ella sea ciudadana.

TAIS.- Si quieres aguardar un poco, el mismo hermano de la doncella será luego aquí; que ha ido a llamar al ama que la crió desde pequeña. Tú mismo, Querea, podrás presenciar su reconocimiento.

QUEREA.- Pues me quedo.

TAIS.- ¿Quieres que, mientras viene, le esperemos en casa, y no aquí a la puerta?

QUEREA.- Y aun lo deseo mucho.

PITIAS.- Señora, ¿qué vas a hacer?

TAIS.- ¿Qué es ello?

PITIAS.- ¿Y lo preguntas? ¿A éste piensas tú recibir en tu casa, después de lo ocurrido?

TAIS.- ¿Y por qué no?

PITIAS.- Fía de mí, que él buscará de nuevo alguna revuelta.

TAIS.- ¡Ah, calla, por tu vida!

PITIAS.- Parece que no has visto bien su atrevimiento.

QUEREA.- No haré nada, Pitias.

PITIAS.- Lo creo en buena fe, Querea, si no nos fiamos de ti.

QUEREA.- Pues guárdame tú, Pitias.

PITIAS.- ¿Yo? Ni yo osaría darte a guardar nada, ni menos guardarte. ¡Taday!

TAIS.- Aquí viene el hermano: a buen tiempo.

QUEREA.- ¡Perdido soy! Tais, por lo más sagrado, entremos en casa; que no quiero que me vea en la calle con este vestido.

TAIS.- ¿Y por qué? ¿Porque tienes vergüenza...?

QUEREA.- Por eso mismo.

PITIAS.- ¿Por eso mismo? ¿Y la doncella?

TAIS.- (A QUEREA.) Anda, que ya te sigo. Tú, Pitias, quédate ahí para introducir a Cremes.

Escena III

PITIAS, CREMES, SOFRONA.

PITIAS.- ¿Qué podría yo ahora imaginar? ¿Qué? ¿Con qué darle el galardón a aquel sacrílego que nos ha hecho esta burla?

CREMES.- Camina más aprisa, nodriza.

SOFRONA.- Ya camino.

CREMES.- Ya lo veo; pero no adelantas un paso.

PITIAS.- ¿Hasle ya mostrado al ama los indicios?

CREMES.- Todos.

PITIAS.- ¿Y qué dice por tu vida? ¿Conócelos?

CREMES.- Muy bien se acuerda de todo.

PITIAS.- ¡Oh, bien haya tu pico; porque deseo toda ventura a esa doncella! Entraos; que mi señora ha rato que os espera en casa.

(Sola.) Aquí veo venir al honrado de Parmenón. ¡Mira qué tranquilo viene! Los dioses me perdonen; mas yo espero que he de hallar con qué atormentarle a mi sabor. Voyme allá dentro a ver en qué ha parado lo del reconocimiento, y luego saldré y espantaré a este bellaco.

Escena IV

PARMENÓN.

PARMENÓN.- Vuelvo a ver cómo lleva su negocio aquí Querea. Porque si él ha hecho la cosa con astucia, ¡oh, soberanos dioses, cuán grande y cuán verdadera honra ganará Parmenón! Pues además de que sin pesadumbre, sin gasto, sin trabajo le he logrado de una ramera avarienta, un amor muy dificultoso y muy costoso, que es la doncella de quien él estaba enamorado, hay también otro muy grande provecho que me hace digno de la palma: que es haber hallado manera cómo este mozuelo pudiese entender las condiciones y costumbres de las rameritas, para que, conociéndolas con tiempo, las aborrezca para siempre. Las cuales, cuando salen fuera, parecen la cosa más limpia, más compuesta y más hermosa del mundo. Cuando comen con su amigo, hacen de las delicadas. Ver, pues, cuán sucias, cuán viles, cuán pobres son, y cuán deshonestas cuando están solas en casa, y cuán glotonas, y cómo con el caldo del día pasado comen pan de mozuelo; tener noticia de todo esto, es total remedio para los mancebos.

Escena V

PITIAS, PARMENÓN.

PITIAS.- (Aparte.) ¡Ah, tú me pagarás, bellaco, todos esos dichos y todos tus hechos, porque no mofes impunemente de nosotras! (Alto y simulando que no ha visto a PARMENÓN.) ¡Oh, dioses, y qué acción tan fea! ¡Pobre mozo...! ¡Oh, malvado de Parmenón, que a esta casa le trajo!

PARMENÓN.- (Aparte.) ¿Que pasará?

PITIAS.- En verdad que me da lástima, y así huyo acá fuera por no verle. ¡Qué ejemplar castigo dicen que le van a dar!

PARMENÓN.- (Aparte.) ¡Oh, Júpiter! ¿Qué revuelta es aquella? ¿Soy por ventura perdido? Llegarme quiero allá. (Alto.) ¿Qué es eso, Pitias?, ¿qué dices?, ¿a quién van a castigar?

PITIAS.- ¿Eso me preguntas, atrevidísimo? Por querer burlarte de nosotras has echado a perder a ese mozuelo que trajiste en cuenta del eunuco.

PARMENÓN.- ¿Cómo es eso?, ¿qué ha sucedido? Dímelo.

PITIAS.- Yo te lo diré. ¿Sabes cómo esa doncella que hoy le han presentado a Tais es natural de esta ciudad, y su hermano es un hombre muy principal?

PARMENÓN.- No.

PITIAS.- Pues así resulta. Ese infeliz hala deshonorado, y aquel furioso de su hermano, como ha sabido el caso...

PARMENÓN.- ¿Qué ha hecho?

PITIAS.- Primeramente le ha echado extrañas prisiones.

PARMENÓN.- ¿Prisiones?

PITIAS.- Sí, y aun con suplicarle Tais que no lo hiciese.

PARMENÓN.- ¿Qué me dices?

PITIAS.- Y ahora le amenaza que le ha de hacer lo que suelen hacer a los adúlteros, lo cual ni yo jamás he visto, ni aun querría.

PARMENÓN.- ¿Y con qué atrevimiento osa él hacer una maldad tan grande?

PITIAS.- ¿Cómo tan grande?

PARMENÓN.- ¿Pues no es la mayor del mundo ésta? ¿Quién ha visto jamás en casa de ramera ser prendido nadie por adúltero?

PITIAS.- No sé.

PARMENÓN.- Pues porque no aleguéis ignorancia, Pitias, os digo y notifico que éste es el hijo de mi amo.

PITIAS.- ¡Cómo!, ¿Y él es?

PARMENÓN.- ...Y que no consienta Tais que se le atropelle. Mas, ¿por qué no me entro allá yo mismo?

PITIAS.- Mira, Parmenón, lo que haces; que tú te perderás y a él no le valdrás, porque tienen por entendido que todo lo que se ha hecho es obra tuya.

PARMENÓN.- ¡Pobre de mí!, ¿qué haré? (Viendo a LAQUES.) Pero allá veo a nuestro viejo, que viene de la granja. ¿Se lo diré, o no? En verdad que se lo he de decir, aunque sé que me espera mala ventura; pero ello es menester, para que le socorra.

PITIAS.- Cuerdo eres. Yo me entro en casa. Tú cuéntale bien al viejo todo el hecho tal como ha sucedido.

Escena VI

LAQUES, PARMENÓN.

LAQUES.- (Sin ver a PARMENÓN.) De esta mi alquería cercana saco este provecho; que ni me hastía jamás el campo, ni tampoco la ciudad. Porque, cuando comienzo a cansarme, mudo de lugar.

(Viéndole.) Pero no es aquél mi criado Parmenón? Realmente que es él. ¿A quién aguardas, Parmenón, aquí delante de la puerta?

PARMENÓN.- ¿Quién va? ¡Oh, señor, huélgome de verte venir bueno!

LAQUES.- ¿A quién aguardas?

PARMENÓN.- (Aparte.) ¡Oh, pobre de mí! Del temor se me pega la lengua al paladar.

LAQUES.- ¡Hola!, ¿qué es eso?, ¿por qué tiembles?, ¿hay algún mal? Dímelo.

PARMENÓN.- Señor, cuanto a lo primero, querría tuvieses por cierto, como lo es, que de todo lo que aquí ha pasado la culpa no es mía.

LAQUES.- ¿Qué es ello?

PARMENÓN.- Discretamente has preguntado, porque yo debí contar primero el caso. Compró Fedro un eunuco para regalársele a ésta.

LAQUES.- ¿A quién?

PARMENÓN.- A Tais.

LAQUES.- ¿Qué le compró? ¡Ah, pobre de mí! ¿En cuánto?

PARMENÓN.- En veinte minas.

LAQUES.- ¡Esto fue el acabose!

PARMENÓN.- Además, Querea está enamorado aquí (Indicando la casa de TAIS.) de una tañedora.

LAQUES.- ¿Cómo dices?, ¿enamorado?... ¿Y ya sabe aquél qué cosa es ramera? ¿Y ya es venido a la ciudad? Un mal tras de otro.

PARMENÓN.- Señor, no me mires a mí; que él no hace nada de esto por mi consejo.

LAQUES.- ¡Deja de tratar de ti; que si no me muero, Don... ahorcado, yo te...! Pero dime de presto a la clara lo que pasa.

PARMENÓN.- A éste hanle traído a casa de Tais en lugar del eunuco.

LAQUES.- ¿Del eunuco?

PARMENÓN.- Sí; después hanle prendido dentro por adúltero, y le han aprisionado.

LAQUES.- ¡Muerto soy!

PARMENÓN.- Mira el atrevimiento de las ramera.

LAQUES.- ¿Hay por ventura otra desgracia que no me hayas contado?

PARMENÓN.- No hay más.

LAQUES.- ¿Por qué me detengo en arremeter aquí adentro? (Entra en casa de TAIS.)

PARMENÓN.- (Solo.) No dudo que de este enredo ha de venirme

alguna calamidad; mas, puesto que me fue forzoso hacerlo así, huélgome de que por mi causa les suceda a estas bribonas algún mal. Porque días ha que buscaba el viejo una ocasión para sentarles la mano, y ya la tiene.

Escena VII

PITIAS, PARMENÓN.

PITIAS.- (Sin ver a PARMENÓN.) Nunca, en buena fe, me ha sucedido cosa que yo más desease, que ver al viejo cual entró ahora en nuestra casa tan engañado. A mí sola me dio que reír, porque yo sola sabía el temor que traía.

PARMENÓN.- (Aparte.) ¿Qué es esto?

PITIAS.- Ahora voy a verme con Parmenón. Mas, ¿dónde está él?

PARMENÓN.- (Aparte.) A mí me busca.

PITIAS.- Hele aquí; voy a él. (Se acerca a PARMENÓN riendo a carcajadas.)

PARMENÓN.- ¿Qué es eso, necia?, ¿qué quieres?, ¿de qué te ríes?, ¿no paras?

PITIAS.- ¡Oh, pobre de mí! Ya estoy, cuitada, cansada de reírme de ti.

PARMENÓN.- ¿Por qué?

PITIAS.- ¿Y lo preguntas? No he visto, en buena fe, en mi vida, ni aun espero ver hombre más necio que tú. Apenas te podría contar lo mucho que has dado allá dentro que reír. Realmente que hasta aquí te había tenido por hombre sagaz y discreto. ¡Cómo! ¿Y tan presto te habías de creer lo que te dije? ¿Parecíate, por ventura, poca la bellaquería que el mozuelo, por tu consejo, había hecho, sin que al cuitado le descubrieras a su padre? Porque, ¿qué corazón crees tú que él tendría, cuando su padre le vio vestido de aquel traje? ¡Qué tal! ¿No ves cómo estás perdido?

PARMENÓN.- ¡Cómo!, malvada, ¿qué has dicho?, ¿conque has mentado? ¿Y aún te ríes, bellaca?, ¿tan graciosa cosa te ha parecido burlarte de nosotros?

PITIAS.- Y mucho.

PARMENÓN.- Sí, si con ello te salieres.

PITIAS.- (Con ironía.) ¿De veras?

PARMENÓN.- Yo te daré el pago: Te lo juro.

PITIAS.- Bien lo creo. Pero tus amenazas, Parmenón, serán por ventura para adelante; que ahora a ti han de colgarte, pues a un imbécil mozuelo haces famoso por sus bellaquerías y luego descúbresle a su padre. Ambos a dos te darán el castigo que mereces.

PARMENÓN.- ¡Perdido soy!

PITIAS.- Esta recompensa se te ha dado por aquél presente. Voyme.

PARMENÓN.- ¡Pobre de mí; que yo mismo me he perdido hoy con mi propia boca, como el ratón!

Escena VIII

GNATÓN, TRASÓN.

GNATÓN.- Y ahora, Trasón, ¿con qué esperanza con qué consejo venimos aquí? ¿Qué emprendes?

TRASÓN.- Entregarme a Tais y hacer lo que ella mande.

GNATÓN.- ¿Qué es eso?

TRASÓN.- ¿Por qué no la serviré yo como Hércules a Omfale?

GNATÓN.- Bien me parece el ejemplo. (Aparte.) Así te vea yo hecha una levadura la cabeza a chapinazos. (Alto.) Pero su puerta ha sonado. ¡Muerto soy!

TRASÓN.- ¿Qué nuevo lío es éste? A ese hombre (Por QUEREA que aparece en la puerta de TAIS.) nunca yo le había visto antes de ahora. ¿Por qué saldrá tan deprisa?

Escena IX

QUEREA, PARMENÓN, GNATÓN, TRASÓN.

QUEREA.- ¡Oh, amigos míos! ¿Hay alguien que hoy sea más dichoso que yo? Ninguno realmente; porque todos los dioses han mostrado de plano su poder en mi favor, pues en un instante se me han juntado tantos bienes.

PARMENÓN.- (Aparte.) ¿De qué viene tan alegre?

QUEREA.- ¡Oh, hermano Parmenón, hallador, muñidor, concluidor de todos mis contentos, ¿no sabes en qué gozos estoy puesto?, ¿no sabes cómo ha resultado que mi Pánfila es ciudadana de Atenas?

PARMENÓN.- Helo oído.

QUEREA.- ¿No sabes cómo ya estoy desposado con ella?

PARMENÓN.- Así los dioses me amen, como ello está bien hecho.

GNATÓN.- (A TRASÓN.) ¿Oyes tú lo que dice?

QUEREA.- Además de esto, me huelgo de que los amores de mi hermano ya están a buen seguro. Toda es ya una casa. Tais se ha puesto bajo el amparo y fe de mi padre: ya es nuestra.

PARMENÓN.- ¿De esta manera Tais ya es toda de tu hermano?

QUEREA.- Cabal.

PARMENÓN.- Otra razón, pues, para que nos alegremos, es ésta; que el soldado queda en la calle.

QUEREA.- Tú procura que mi hermano, doquiera que esté, tenga aviso de todo esto enseguida.

PARMENÓN.- Iré a ver si está en casa. (Vase.)

TRASÓN.- Gnatón, ¿dudarás ya que estoy perdido para siempre?

GNATÓN.- Ya no lo dudo.

QUEREA.- ¿A quién alabaré primero o más de veras?, ¿a quién me aconsejó la aventura, o a mí que tuve ánimo para emprenderla?

¿Alabaré a la fortuna, que ha sido nuestra gobernadora y tantas y tan grandes cosas ha tenido a punto para un día, o la complacencia y benignidad de mi padre? ¡Oh, Júpiter! ¡Suplícote que nos conserves por largos años estos bienes!

Escena X

FEDRO, QUEREA, TRASÓN, GNATÓN.

FEDRO.- ¡Soberanos dioses!, ¡y qué cosas tan increíbles acaba de contarme Parmenón! ¿Pero dónde está mi hermano?

QUEREA.- Aquí le tienes.

FEDRO.- ¡Qué dicha!...

QUEREA.- Bien lo creo. No hay cosa, hermano, más digna de ser amada que tu Tais, según ella se muestra favorable a toda nuestra casa.

FEDRO.- ¿A mí me la alabas?

TRASÓN.- ¡Ay de mí! Cuanto menos esperanza, veo, tanto más la amo. ¡Por lo más sagrado, Gnatón...; que en ti está mi esperanza!

GNATÓN.- ¿Qué quieres que yo haga?

TRASÓN.- Que recabes con ruegos, con dinero, que tenga yo, siquiera alguna vez, entrada en casa de Tais.

GNATÓN.- Difícil es.

TRASÓN.- Te conozco muy bien, y sé que si tú quieres... Si esto me logras, pídemme cualquier merced y cualquier premio; que todo lo que me pidieres alcanzarás.

GNATÓN.- ¿De veras?

TRASÓN.- Sí.

GNATÓN.- Pues si esto recabo, yo te pido que en tu presencia y ausencia tu casa esté siempre abierta para mí, y que, aunque no me conviden, tenga siempre un puesto a la mesa.

TRASÓN.- Y yo te juro hacerlo así.

GNATÓN.- Pues manos a la obra.

FEDRO.- ¿A quién oigo yo aquí? ¡Oh, Trasón!

TRASÓN.- Estéis en buen hora.

FEDRO.- Tú sin duda no sabes lo que aquí ha sucedido.

TRASÓN.- Ya lo sé.

FEDRO.- ¿Cómo, pues, te veo yo aún por estos barrios?

TRASÓN.- Porque me fío de vosotros.

FEDRO.- ¿Sabes cuán confiado puedes estar? Capitán, desde ahora te lo aviso: si de hoy más te viere en esta plaza, no te valdrá el decirme: «A otro buscaban»; «Por aquí pasaban, ¡que morirás!

GNATÓN.- (En tono de ruego.) ¡Ea!, que no se ha de hacer así.

FEDRO.- Lo dicho, dicho.

GNATÓN.- No os tengo yo por tan altivos.

FEDRO.- Ello será así.

GNATÓN.- Oídmelo primero dos palabras; y si lo que hubiere dicho os pareciere bien, hacedlo.

FEDRO.- Oigamos.

GNATÓN.- Tú, Trasón, hazte allá un poco. (A FEDRO y QUEREA.)

Cuanto a lo primero, yo querría que ambos a dos me dieseis en esto muy gran crédito, que todo lo que yo acerca de esto hago, lo hago particularmente por mi provecho. Pero si también os es útil a vosotros, sería necedad que vosotros no lo hicieseis.

FEDRO.- ¿Y qué es ello?

GNATÓN.- Yo os aconsejo que aceptéis al soldado por competidor.

FEDRO.- ¿Cómo aceptar?

GNATÓN.- Considéralo bien ahora. Tú, Fedro, vives realmente con Tais muy a gusto; y comes y bebes en su casa. Tú tienes muy poco que darle, y Tais no puede pasar sin que le den mucho: para que sin mucha costa puedas conservarla en tus amores, para todo esto no hay hombre más a propósito ni que a ti más te convenga. Cuanto a lo primero, él tiene que dar, y no hay hombre más liberal; es un tonto, sin gusto, perezoso; de día y de noche duerme; no tienes de qué recelarte que la mujer se le aficione; en tu mano estará echarle siempre que quisieres.

FEDRO.- (A QUEREA.) ¿Qué hacemos?

GNATÓN.- Además, tiene una cosa que yo creo la primera de todas: que no hay hombre que mejor ni más largamente dé de comer.

FEDRO.- Cierto que un hombre como ése, en todas maneras es menester.

QUEREA.- Lo mismo digo.

GNATÓN.- Muy bien hacéis. Otra cosa también os pido de merced; que me recibáis de aquí adelante por uno de vuestros familiares; que hartos días ha que ando revolviendo esta peña.

FEDRO.- Recibido.

QUEREA.- Y de muy buena gana.

GNATÓN.- Pues en pago de eso, Fedro, y tú, Querea, yo os le entrego, (Aludiendo a TRASÓN.) para que os le comáis y os burléis de él.

QUEREA.- ¡Que nos place!

FEDRO.- Lo merece muy bien.

GNATÓN.- Trasón, cuando quieras, te puedes acercar.

TRASÓN.- ¿Qué has negociado, dime, por tu vida?

GNATÓN.- ¿Qué? Estos señores no sabían quién tú eres; pero después que les he dado a entender tus costumbres, y te he alabado conforme a tus hechos y virtudes, helo recabado.

TRASÓN.- Muy bien. En muy gran merced se lo tengo. Jamás he estado en parte ninguna donde no me quisiesen todos mucho.

GNATÓN.- ¿No os lo dije yo, que resplandecía en él la gracia y elegancia de Atenas?

FEDRO.- Ya no queda nada por hacer; caminad vosotros por aquí. (A los espectadores.) Vosotros, quedad en buen hora, ¡y aplaudid!

FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario